

POST-SCRIPTUM.

Habiendo mediado algunos meses desde que este libro se escribió hasta hoy que se publica, han ocurrido en el país sucesos gravísimos, de los que hemos de decir algunas palabras y en los que ha intervenido Castelar de una manera principalísima.

Abiertas las Cortes, para cuya apertura escribió Castelar aquel discurso memoria, de que hemos hablado, hizo renuncia del Ministerio de Estado. Entonces empezó una política que nos ha traído muchas complicaciones y que, justo es decirlo, ha dado existencia á la actual república conservadora en que vivimos. En los momentos revolucionarios es cuando mas se necesitan la prudencia y el tacto, y por desgracia, es cuando menos se tienen. Se necesita un equilibrio de fuerzas que es muy difícil de sostener, y que me atrevo á decirlo, jamás se ha logrado en ninguna etapa revolucionaria. En la primera hora de una revolucion, el pueblo espera con impaciencia las reformas que se le han ofrecido, y el nuevo gobierno pesa con cuidado los intereses y los obstáculos que se oponen á ellas. De los primeros actos del pueblo y del gobierno depende toda la prosperidad ó desventura del régimen que se implante. Si el pueblo pide mucho; si el afán de las reformas llega hasta el punto de reclamar aquellas que teóricamente son justas, que científicamente son exactas, pero para la realizacion de las cuales no ha llegado el momento histórico oportuno, por la falta de condiciones, de costumbres ó de cultura de inteligencia en que se halla el país que las exige, el gobierno,

arrastrado por esa marea conservadora que es propia de las regiones oficiales, temerosas siempre de las censuras de las clases conservadoras, que son las que tienen el dinero, y el poder por consiguiente, el gobierno puede negarle mas de lo que le negaria, si no pidiera tanto, porque un extremo siempre conduce á otro extremo. Si por el contrario, el gobierno, cobarde y asustadizo, tiene demasiado miedo: si se preocupa demasiado con el respeto á lo establecido, si quiere encauzar la revolucion en la vieja legalidad pasada, entonces es seguro que las reformas no se harán jamás y que la revolucion quedará reducida á un cambio de personas en el poder, ó á un ministerio mas en la larga lista de los ministerios en los pueblos constitucionales; y estas son las dos maneras que tienen las revoluciones modernas de agotarse y de esterilizarse. O el pueblo pide mas reformas que las que racionalmente son oportunas y deben hacerse, ó el gobierno niega por timidez ó cobardía las que tenia prometidas, pasa algunos meses en el marasmo y despues entra en una reaccion mas ó menos pronunciada. En España todas las revoluciones han fracasado, mas que por pedir mucho el pueblo, por no conceder nada los gobiernos el dia que se apoderaban de la revolucion.

Dicho esto, ¿qué sucedió entre nosotros apenas el primer ministerio de la república resignó su cargo en manos de las Córtes? Sucedieron muchas cosas. Cataluña se trasladó á Madrid, ó en otros términos, las regiones oficiales se llenaron de catalanes; Rubau Donadeu fué una potencia, ó mejor dicho, la potencia de otra potencia; por temor á la reaccion, de accion muy problemática entonces, se indisciplinó el ejército, cuando tan nece-

sario era contra el carlismo; por cumplir en parte los compromisos republicanos, aboliendo las quintas, se crearon los batallones de francos, que se convirtieron en cuerpos de merodeo y de escándalo; Figueras se escapó; Estébanez duró dos días en el ministerio de la Guerra; las Cortes devoraron no sé cuantos ministros y todos los diputados quisieron serlo. Pi no atreviéndose categóricamente á hacer la federacion, conspiró desde el poder con los cantonales; el desórden creció; el carlismo aumentó como nunca; algunos mas ignorantes que mal intencionados, acosados por la miseria y creyendo que república y comunismo era una misma cosa, cuando república significa civilizacion y comunismo barbarie, empezaron á repartirse dehesas en Badajoz: el socialismo dió su batalla en Alcoy; el internacionalismo en Sevilla; el federalismo intransigente en Valencia, el cantonalismo pirático en Cartagena; los fondos públicos bajaron mas que en Méjico y mas que en Grecia, naciones en donde mas bajos se cotizan, y todo el mundo se encerró en su casa tendiendo los brazos á aquella estátua marmórea del ministerio que se llama Pi y que permanecía helado y frio en medio de las desgracias nacionales, como si estas nada le importaran y nada tuvieran que ver con él.

Todos estos sucesos, no hay por qué ocultarlo, habian causado en los ánimos una reaccion profundísima. Las clases conservadoras se habian retirado en absoluto del lado del gobierno, y á toda prisa, como el que huye de un apestado. Las potencias extranjeras decian señalando á España con el dedo: «Esa es la bacante de Europa.» Se murmuraba la palabra intervencion. Los radicales conspiraban desde Francia. Nuestras tropas

sufrían una derrota diaria. Aquí no habia Bastillas que derribar, ni 10 de Agostos que repetir, ni siquiera un mal rey que guillotinar. Los clubistas mas rojos no podían sufrir aquella situacion, y se daban á todos los diablos porque en medio de tanto desórden, habia aun mas órden del que ellos necesitaban. Habia tambien pomposas nulidades que se llamaban generales intransigentes; diputados hechos de pronto; políticos necesitados de un mendrugo de pan; rabiosos ciudadanos que necesitaban encontrar una buena alma que les propusiera venderse por un par de pesetas, y todos estos chillaban, se enfadaban, ambicionaban mandos, y llenaban el cielo, ranas al derredor de un estanque de podredumbre, con sus dieterios y con sus denuestos.

Enfrente de toda esta barahunda de hombres, de gritos y de pensamientos, habia otra idea. Era la eterna idea de órden, viva siempre en el seno de toda sociedad. Esta idea habia escogido por custodio de ella al que en otro tiempo habia sido el alma de la democracia, el poeta de ella, el bardo de la república. Este hombre, que no era otro que Castelar, venia siendo, tiempo hacia ya, anatematizado por los mas intransigentes de los republicanos; iba cargado, como con un fardo, con la maldicion conservadora; decian que vacilaba; llamábanle apóstata, acojíanle algunas veces en la puerta del Congreso con sordos murmullos, señalábanle con el dedo y decian: «Al fin hizo la traicion.» Y para otros era el ángel de la última esperanza. Escapado Figueras, Pi enterrado por Prefumo, quedaba él. Era el jefe de la mayoria. Vino sin embargo Salmeron. Pero Salmeron representaba la justicia seca, el ideal intacto, el principio que no se doblega á las exigencias de

la práctica, y cayó. Fué magnífico aquello, hay que confesarlo. Se retiró tan augusto y tan resplandeciente como había venido al poder, cosa que tan pocas veces es dado hacer á los políticos. «El enfermo está grave, dijo, yo lo reconozco, y quizá hay que amputarle un miembro; pero yo no sirvo para esas operaciones. Que venga otro cirujano.» Y se retiró del ministerio sin haber autorizado la pena de muerte. Se llamó al último cirujano que quedaba por llamar, Castelar, y en efecto, este se encargó del poder.

Una buena parte de la Cámara, asustada ante los carlistas y ante los intransigentes; ante Alcoy y Sevilla ardiendo, suscribió á todo lo que Castelar quiso. Le colmo de autorizaciones y de fuerza. Aquí donde hasta ahora no había habido mas que dictaduras militares, Espartero, O'Donnell, Narvaez, quedó establecida la dictadura civil, y Castelar, es decir, quien menos pudiera imaginarse, quedó constituido en dictador. Empezó el período de fuerza y se encauzó un poco la situación.

¿Y las ideas? ¿Tienen razón los que afirman que la libertad está perdida y que la república federal no se planteará? Hoy es imposible afirmar nada. Estamos en medio de ese *despotismo temporal* que la Cámara ha juzgado necesario para restablecer el orden y para asegurar los fundamentos de la sociedad española, un poco quebrantados. Hay que tener paciencia y aguardar. Hasta que llegue el 2 de enero estaremos angustiados pero tranquilos; tiranizados pero resignados. En la historia ha habido dictaduras salvadoras, hay que confesarlo. La fuerza ha salvado muchas veces á la idea, aunque haya habido otras en que la ha perdido. Si Castelar sabe ser Washing-

ton, será mas que Washington. Juarez hizo tambien grandes cosas: Lincoln milagros. Se restablece la pena de muerte: se amordaza la prensa: se suspenden los derechos individuales. Bueno, todo lo soportamos. Dadnos dentro de dos meses la república federal sobre las bases de una sociedad tranquilizada y hasta bendeciremos vuestra tiranía.

Y sin embargo, yo no hubiera querido para la gloria histórica de Castelar esta situación. Sea como sea, su nombre ha desmerecido en la consideración del pueblo, y el pueblo será ignorante, estúpido muchas veces, se dejará arrastrar en muchas ocasiones por un loco ó por un malvado, pero no pierde nunca la rara paciencia que posee, jamás le abandona ese sentido íntimo que le da una vision tan clara de lo porvenir, que le presta una adivinacion tan completa de lo futuro. El pueblo ha dicho que los conservadores vencerán: que la república federal no se hará: que los principios mas puros de la democracia quedarán en ideas, y quiera Dios que esto no salga verdad.

¡Oh! la tiranía, aunque sea temporal, siempre es mala. Aunque se ejerza con prudencia, siempre es nociva y perjudica algo al que la ejerce. Se parece al oro de Vespasiano en que recuerda la corrupcion de donde procede. Yo hubiera querido para Castelar la gloria con que se ha cubierto Salmeron. Tambien hay su grandeza relativa, es cierto, en aminorar la gloria de su nombre: en dejar obscurecer el brillo de su fama por restablecer la paz de un pueblo. Pero esto está compensado por las dulzuras del poder, y el pueblo no cree nunca que el que le ocupa sea un mártir, sino un sibarita. Las blandas poltronas de los ministerios no son muy á propósito para

ningun martirio. El pueblo cree que todo ministro, que fué en otro tiempo gran panegirista de la libertad, dice en el poder, lo que Napoleon calentándose ante una estufa de las Tullerías: «Mejor se está aquí que en las orillas del Beresina.»

Adelante, no obstante. Sigamos echando en los cimientos de nuestra futura sociedad la cal de la libertad y de la moralidad: el rey Dagoberto, al reedificar el templo de San Dionisio arrojó á sus cimientos sus joyas mas preciosas. Yo fio en que Castelar no abandonará la causa del pueblo: yo fio en el amor que ha demostrado en los mejores veinte años de su vida á la causa de la humanidad y del progreso; pero si la abandona, aquí estamos los pequeños, los humildes, los insignificantes, los que no tenemos nombre ni gloria, dispuestos á recoger la vieja bandera republicana y á gritar con Pelletan: «¡Marchemos! ¿No respiráis ya los perfumes de la tierra prometida? Allí están las palmas, allí las recompensas en medio de las abundancias y de las alegrías de la democracia. Un paso mas, un nuevo esfuerzo y vuestros ojos verán en toda Europa la libertad sagrada, madre de toda virtud. Vergüenza sobre aquel que tema la inspiracion, porque puede ser un peligro. En cuanto á aquel á quien el Dios del progreso ha tocado con el dedo, cuando piense en las grandes cosas que resta hacer á nuestra generacion, elegida entre todas y templada en llamas y lágrimas, no tema profetizar la redencion de la Europa y levante la mano para dar la primer señal de partida. ¡Adelante!»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

1.º de noviembre de 1873.

